



PRECIO DE SUSCRICION
UN AÑO: OCHO REALES en toda España, pagados por adelantado. Se publican cuatro números al mes.

No se admiten suscripciones por menos de un año.
UN NÚMERO SUELTO: DOS CUARTOS en toda España.
NÚMEROS ATRASADOS: UN CUARTILLO DE REAL cada uno.

Las suscripciones dan principio desde el último número publicado, y siguen hasta igual día del año siguiente.

Para suscribirse, remitir OCHO REALES á los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID.

Las personas que deseen los números publicados, al hacer el pedido acompañarán su importe.

DIRECTOR
D. URBANO MANINI

ADMINISTRACION

CALLE DE VILLALAR, NÚM. 6. (Recoletos.)

MADRID.

MODO DE SUSCRIBIRSE

EN MADRID: satisfaciendo OCHO REALES en esta Administración, calle de Villalar, núm. 6, (barrio de Recoletos), se recibe á domicilio durante UN AÑO y cuatro veces al mes L. ILUSTRACION UNIVERSAL.

EN PROVINCIAS: remitiendo OCHO REALES en sellos, libranzas ó talones del Timbre á los Sres. Manini Hermanos, calle de Villalar, núm. 6, MADRID. Se recibe semanalmente por el correo y porte franco durante un año LA ILUSTRACION UNIVERSAL.

El medio mas seguro y económico de remitir los OCHO REALES es en talones del Timbre, que se venden en todos los estancos. De LA ILUSTRACION UNIVERSAL se tira una edicion de lujo cuya suscripcion cuesta 24 reales al año.

AÑO II.

MAYO—1879.

NÚM. 61.

EL MONASTERIO DE LAS HUELGAS EN BURGOS.

En estos últimos tiempos se ha hablado bastante del célebre monasterio de las Huelgas, en donde decíase pensaba retirarse la infortunada madre de la infanta Doña Cristina, no pudiendo encontrar consuelo á las inmensas desgracias que de algun tiempo á esta parte vienen desgarrando su alma.

Por si tal propósito existe y se realiza, creemos útil dar á nuestros lectores una ligera idea del expresado convento.

En las márgenes del rio Arlanzon, á kilómetro y medio de la ciudad de Búrgos, poseían los reyes de Castilla un palacio á donde acudían con la corte á distraerse y solazarse; con cuyo motivo aquella quinta tomó el nombre de *Huelgas del rey*. Allí fué donde Alonso VIII, á instancias de su esposa la reina Doña Leonor, y con el beneplácito de sus hijas Doña Urraca y Doña Berenguela, fundó á fines del siglo XII el magnífico monasterio de Santa María la Real, célebre con el nombre de las Huelgas, por su grandiosidad y las extraordinarias prerogativas que en todo tiempo han tenido sus abadesas.

Presenta el edificio preciosos modelos del estilo bizantino y árabe. La planta de la iglesia es de cruz latina, quedando encerrada dentro del coro hasta la interseccion de sus dos naves horizontales. Las bóvedas están sostenidas por columnas cilíndricas y agudísimas ojivas. El retablo principal se talló á mediados del siglo XVII, con cuyo motivo no necesitamos indicar que domina en él el estilo churrigueresco. La sillería del coro de capellanes ocupa los costados de la nave donde se halla el presbiterio. Desde el centro de este coro se descubre el destinado á las monjas rodeado por una notable sillería de nogal, ostentando cada asiento las armas de Castilla y de Leon. En este coro hay varios sepulcros y entre ellos el de los augustos fundadores. Allí se conserva tambien el estandarte arrebatado á los musulmanes en las Navas de Tolosa. No es sola ésta la única muestra del género morisco á estilo árabe que posee el convento. La capilla de San Bernardo ó Santiago, un arco angrelado en la de las Claustrellas, las paredes cuajadas de arabescos, las puertas de todos los claustros y varios letreros en diferentes salas interiores, ofrecen á la vista todo el lujo, toda la originalidad de los orientales.

La creacion de este monasterio no fué á costa del reino, sino que se hizo con las propias rentas de don Alfonso, que quiso crearlo para panteon suyo y de sus descendientes, y al mismo tiempo para que las infantas de la real familia y otras señoras ilustres que desearan retirarse á la vida monástica, tuvieran un asilo digno de su nacimiento.

Los piadosos deseos de aquel rey se cumplieron hasta que se estableció el panteon de los reyes en el Escorial. Al venir la corte á Madrid, las señoras



Vista del Monasterio de las Huelgas.

que quisieron abrazar el estado religioso, eligieron ó las Descalzas Reales ó el monasterio de las Huelgas.

Desde la fundación hasta nuestros días ha habido veinte y siete abadesas perpétuas y ochenta y cinco trienales.

En el monasterio de las Huelgas están enterrados, la infanta Doña Berenguela, hija de San Fernando; la reina Doña Berenguela, hija del fundador; Doña Margarita de Austria, D. Alfonso VIII y su mujer Doña Leonor, los reyes D. Enrique II, D. Alonso el Sábio, D. Sancho el Deseado, D. Alonso VII y otros varios infantes y príncipes, como asimismo algunas de las abadesas de estirpe régia.

ACTUALIDADES

Por fin cesó el período electoral. Ya tenemos completo el Congreso, el Senado y los ayuntamientos; ya todas las máquinas de la rueda están en disposición de ponerse en movimiento, á ver si al fin y al cabo consigue la máquina elaborar la felicidad del país.

¿Habrá, después del espectáculo que han ofrecido los candidatos y sus amigos, habrá quien diga que en España no se trabaja?

Es imposible describir los afanes, los pasos, las visitas, los discursos, las súplicas, las amenazas que cuesta una elección.

El que aspira á ser representante del país en cualquiera de los cuatro grados, pasa dos ó tres meses sin dormir bien, sin comer á las horas, en continua agitación: así es que, vencedor ó vencido, cae después en un abatimiento profundo, consecuencia natural de los esfuerzos que ha hecho.

Sería mejor que los electores trabajasen para buscar el candidato: entonces éste, descansado y agradecido, podría hacer algo por el país. Pero ahora el candidato es el que busca á los electores, y el triunfo apenas le parece digno premio de su constancia y de su actividad. Se duerme sobre sus laureles ó los utiliza para salpimentar los manjares de su propia conservación.

De cualquier modo, el período electoral ha concluido, y los aficionados á emociones fuertes esperan la apertura de las Cortes.

Entre tanto, ha sido objeto de muchos y variados comentarios el decreto relativo á la división del Estado Mayor del Ejército en dos clases: activa y de reserva.

Los brigadieres, mariscales y tenientes generales, en llegando á cierta edad pasan á la reserva: es decir, se estacionan, no pueden avanzar más en su carrera. Los jóvenes, por el contrario, tienen más medios de adelantar.

No es obligación mia apreciar esta reforma, ni tengo condiciones para ello. Relativamente había más jefes de superior graduación que soldados; pero era difícil intentar el planteamiento de un sistema que evitase esta desproporción.

El actual presidente del Consejo se ha atrevido; y aunque los intereses lastimados se quejan, el interés general del ejército y del país se manifiestan satisfechos.

El príncipe Rodolfo, heredero del imperio de Austria, y el príncipe Leopoldo de Baviera, han sido objeto de los mayores agasajos por parte de S. M. el Rey, de la augusta familia, del Gobierno y de las autoridades.

La visita de los príncipes ha despertado vivo interés, porque los periódicos la han relacionado con futuros y no lejanos proyectos de enlaces régios.

Algunos diarios ministeriales han desmentido estos rumores; quizás es prematuro é inoportuno hablar de ello, pero en el mes de Octubre próximo no sucederá lo propio.

Según mis noticias, los augustos viajeros hacen los mayores elogios de nuestro país. En la actualidad recorren las provincias de Murcia y Andalucía; después visitarán las de Galicia y Asturias, y hasta mediados de Junio no regresarán á Alemania.

El príncipe Rodolfo es, más que cazador, naturalista. Viene formando, desde hace tiempo, una colección completísima de todos los pájaros de Europa; y el sábio Mr. Brehm, que le acompaña, los estudia, los clasifica y los diseña.

De seguro que aunque Mr. Brehm se lleve muestra de todos los que cruzan el aire, le quedarán aún por estudiar muchos ejemplares de los que en nues-

tro país son pájaros de cuenta, por más que carezcan de alas.

¡Pues y pájaros!

En los últimos días se ha visto la causa de doña Baldomera.

Del apuntamiento resulta que se alzó con 16 millones.

Lo mismo el fiscal que los defensores, han hablado bien.

—Y á mí, ¿qué me importa que la condenen?—decía uno de los víctimas;—lo que yo quiero es que me devuelvan mis ahorros.

—Con los intereses que ofrecía al pedirnoslos;—añadía otro.

Si es cierto, como dicen, que la célebre banquera ha perdido casi toda la fortuna que improvisó, todos los que han tomado parte en la función están bien castigados.

Lo peor es que no escarmentarán.

Dentro de algunos años lo veremos.

¡Qué gran desgracia la que ha ocasionado la muerte del joven y simpático duque de Medinaceli! Veintinueve años; heredero de uno de los títulos más notables; de una inmensa fortuna; feliz por su carácter, por su posición y por su enlace con la bella hija de los Marqueses de Torrecilla; con un porvenir el más risueño que puede imaginarse, y todo esto lo trueca en luto, en llanto y en dolor un pedazo de plomo.

En su preciosa casa de campo de Villaescusa, sin más compañía que su esposa, había salido á cazar. Mientras dos ó tres criados ojeaban la caza, el duque se había sentado en un ribazo al lado de su amante compañera. Como acostumbra á hacer los cazadores, puso la escopeta entre las piernas; el declive del terreno en vez de contener la culata la permitió resbalar, la llave tropezó con una piedra, salió el tiro y el pobre duque cayó exánime. Así me lo han contado y es lo más verosímil.

¡Qué eterno y doloroso recuerdo para su familia!

¿Y la infeliz obrera arrojada en un raptó de furor, por su amante desdeñado, desde un quinto piso á la calle?

Otra desgracia no menos triste.

Era joven, bella, buena; sostenía á su anciano padre con el producto de su trabajo. Había encontrado á un hombre, había oído sus juramentos de amor y le había correspondido; pero varió de opinión; el afecto se apagó en su alma y rompió sus relaciones con él.

La pasión contenida enloqueció, sin duda, al amante que, según cuentan, era un obrero honrado y de buena familia. Resuelto á reanudar aquel lazo roto, penetró muy temprano en la modesta casa de la joven, forzando la puerta para entrar. ¿Qué pasaría allí? Suplicaría; tal vez se enardecería su sangre con el desden; ¿quién sabe?... lo cierto, lo terrible es que, cogiendo á la joven, la arrojó por la ventana del cuarto, y á los pocos momentos de caer espiró.

Entonces se despertó el anciano; los vecinos que acudieron á las voces prendieron al matador, que, horrorizado de su obra, no opuso resistencia.

En breves minutos una catástrofe, y dos existencias condenadas; una, á eterno dolor; otra, á eterno remordimiento.

La vida es un continuo contraste.

De las dos desgracias que acabo de recordar se hablaba en las carreras de caballos, que han sido magníficas....

¡Qué animación en San Isidro!

El pueblo de Madrid es siempre el mismo; Dios le bendiga y conserve esa fisonomía que de cuando en cuando toma para ser digno de su pasado.

Una familia llevaba un paraguas monumental; veinte personas cabían debajo de él.

—¡Para el sol y la lluvia!—decían los que admiraban el grupo.

Bajo él se cobijaron y merendaron los veinte individuos, entre los que el sexo bello estaba representado por ocho mozas del barrio de Lavapiés.

¡Si habría broma!

Con la romería, las ferias, los forasteros, la Exposición de flores y de plantas, la de ganados, los teatros, el Circo y los bailes, parece Madrid una caja de música.

Todavía suele pasearse entre nosotros la famosa

Pepa, símbolo de la alegría madrileña. ¿Qué hacer al verla, sino exclamar: ¡Viva la Pepa! ¡Es necesario de cuando en cuando echar una cana al aire!

J. NOMBELA.

LAS CARRERAS DE CABALLOS.

(IMPRESIONES DE LA SEMANA).

Un día, entre tantos días de los que contando voy tan felices para mí como para esta nación, donde aquel que ménos vale es el que vive mejor, y goza y triunfa el que tiene, siquiera sea un ladrón, un usurero, ó un hombre que comercia con su honor, mientras sucumbe el pobrete cuya honrada condición no transige con la farsa ni se doblega al favor, ni vende sus convicciones al que más precio las dió, halléme al salir de casa sorprendido en mi escursión, (pacífico-laboriosa, puesto que corría en pód del cotidiano trabajo) por las glorias del sport. Confieso que la alegría inundó mi corazón admirando aquellos trenes, aquel lujo seductor de breacks, sociables, victorias, phaetons y landaus, en que l'élite de la corte se daba á la admiración de este pueblo venturoso, donde, ¡por gracia de Dios! hasta el clima, niega al pobre el estacional calor.

.....
¿Y es aquí, me preguntaba, donde en lastimero son

se quejan grandes y chicos del estado aterrador que va alcanzando por días la miseria? ¿Seré yo tan pesimista, ó obtuso que dé crédito á un rumor tan ofensivo á esta gente como al decoro español? Este lujo, estos carruajes, esta franca animación, esta clase aristocrática que á jugar en contra ó pró del caballo que más corre acude alegre y veloz, ¿no dicen bien á las claras, que sin pizca de razón se queja el que sufre y calla víctima de su dolor?

.....
¡Callen, pues, los pesimistas; callen los que alcen la voz hablando de subsistencias, de miseria y postración!

Somos ricos, ¡pero mucho! Somos felices, ¿pues nó?

Que sube el pan, ¡aleluya! ¡más ganará el colector!

Que sube la carne, ¡hosanna!

Que se murmura, ¡chiton!

el que no tenga, que ayune, al que robe, á ceró;

á la prensa una mordaza; y al que se se muera, la unción;

todo estará reducido á propinarla desde hoy,

si sube mucho el aceite, con petróleo, y se acabó.

Avante, pues, las carreras, avante la Exposición de flores y pajaritos,

y digamos con Panglós:

«De todos los conocidos, éste es el mundo mejor.»

EDUARDO SACO.

CORREOS.

(LA TARIFA PENINSULAR).

Si hubiéramos de partir del principio económico en virtud del cual se asienta que los pueblos que satisfacen sus necesidades, así públicas, como privadas, á más alto precio, son los que disponen de mayor riqueza, sería cosa de asegurar rotundamente que nuestra España era una, si no la primera, de las más ricas naciones del Universo.

Del estado comparativo de la tributación en los diferentes pueblos de Europa, resulta, que si bien nuestra producción, nuestra industria y nuestro comercio interior y exterior, ocupan en la escala general un grado nada más que medianamente satisfactorio, en cambio, así los artículos del comercio, como los objetos de la industria, y los frutos de la producción satisfacen, por derechos impositivos de todos géneros, sumas, no ya iguales, sino en muchos casos, excesivas á los que para los suyos tienen establecidas las potencias reconocidamente superiores á la nuestra en fertilidad, abundancia y riqueza.

La índole de nuestra publicación nos impide entrar en consideraciones detalladas sobre cada uno de los asertos enunciados; asertos que palmariamente han demostrado en sus columnas las publicaciones independientes de exclusivo carácter económico; pero tenemos el deber, y con gusto lo cumplimos, de trabajar un día y otro, en beneficio de los intereses generales de nuestra patria, y muy especialmente en favor de aquellos á los que vá unida en gran parte la prosperidad y fortuna de cuantos españoles arriesgan la suya en pró del adelantamiento y bienestar públicos.

Una de las principales cuestiones á que han consagrado su atención todos los Gobiernos que seriamente hanse ocupado en Europa de procurar el bien general, mirando, á la vez, por el mayor incremento posible de las rentas públicas, ha sido el establecimiento módico, fácil y sencillo de los impuestos sobre la correspondencia pública.

Alemania, que en la exquisita organización y régimen del servicio postal ha servido en todo tiempo de modelo á los demás pueblos de Europa, ha tendido siempre á facilitar, á poner al alcance de todos el medio de comunicarse con los más remotos países, á cambio de cantidad tan mínima por tal servicio, que de día en día le proporcionaba mayores ingresos; y por consiguiente, recursos sobrantes para mejorar progresiva y rápidamente todas sus atenciones por tal concepto.

Inglaterra y Francia, sus émulos en cuanto conspira al progreso y adelantamiento modernos, no han perdonado medio de imprimir á su gestión administrativa todo el carácter beneficioso para los intereses generales y particulares, adoptando en esta materia cuanto podía influir en favor de las comunicaciones interiores y exteriores, introduciendo constantemente en sus tarifas de correos rebajas progresivas, celebrando convenios postales, y mejorando sin cesar las condiciones del franqueo, como seguro medio de llevar á su presupuesto de ingresos mayor y creciente aumento, á medida que mayor y más crecido era el número de los que hacían uso de este importantísimo servicio del Estado.

Rusia, Italia, Bélgica, Portugal, comprendieron bien pronto las ventajas de tan clarísimo sistema, y poco menos que unificadas tienen sus tarifas en este punto.

Solamente España, este infortunado país donde no hay nulidad que no aspire á oscurecer las glorias de Pitt y Necker, de Turgot y Mendizábal, es el que vé suceder á un año económico oneroso para los intereses públicos, otro, en el que cada impuesto adquiere mayores proporciones.

Las circunstancias, dolorosísimas siempre, de una guerra civil, impusieron á nuestros pasados Gobiernos el deber, duro, pero ineludible, de arbitrar por todo linaje de medios, recursos con que hacer frente á las necesidades, tan imperiosas como incalculables, de una campaña asoladora.

Toco, entre otras, su parte, nada ligera, al impuesto sobre la correspondencia pública, y como contribución de guerra, sufrió aquel aumento del duplo, por primera providencia.

De esperar era que, terminada tan desconsoladora causa, regularizados los servicios públicos, en alguna manera, crecientes (según todos los días nos dicen los diarios oficiales) las rentas de aduanas, volviese el servicio de franqueo á sus términos,

cuando ménos ordinarios, pero, aquí donde lo provisional es lo eterno, y lo eterno desgraciadamente es la mala administración de nuestros sedicentes economistas, nos encontramos, con que el sapientísimo ministro de la restauración, á fuerza de desvelos y gracias á interminables y durísimas vigiliantías ha concebido el proyecto de economizarnos.... LA SALIVA!!!

Porque si antes teníamos necesidad indispensable de fijar con el sello de comunicaciones, el de impuesto de guerra, satisfaciendo, por ambos conceptos, la suma de veinticinco céntimos de peseta, ahora ha encontrado el recurso salvador de conglóbar dicha suma en un solo sello, que empezaremos á pagar y pegar desde el primero de Junio del año, de desgracia, 1879.

Así, continuaremos caminando á la cabeza de los pueblos bien administrados; así seguiremos foreciendo á la admiración extraña la indiscutible inteligencia de nuestros hacendistas; así mejorarán de día en día nuestras rentas públicas, y así, finalmente, porque sería cuento de nunca acabar estenderlos en las consideraciones á que el asunto se presta, seguiremos sirviendo de creciente ludibrio á cuantos estudian con mediano detenimiento las causas del atraso y postración en que persiste un pueblo que, como el nuestro, estaba llamado á mejores y más decorosos progresos.

DIÓGENES.

LAS MISERIAS.

FABULA.

Halló en el campo un bracero de un borrico la osamenta, y dijo, según se cuenta:

«Dios te guarde, compañero.»

Y añadió un escarabajo:

«Tu ocurrencia moraliza, que ese armazón simboliza tu miseria y tu trabajo.»

Caro lector, no te asombres:

«Hay miserias de tal suerte, que en vida igualan y en muerte á las bestias y á los hombres.»

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

BUSCANDO CASA.

(Continuación).

Al siguiente día me levanté, firmemente decidido á continuar mis indagaciones provisto de una dosis inmensurable de paciencia.

Ya en la calle y con el propósito de aprovechar el tiempo, prescindí de meterme en el tranvía, porque sabido es que las empresas de este servicio en Madrid, cuentan exclusivamente con el dinero de los desocupados, y no son útiles más que para quien necesita llegar tarde á donde se propone.

Emprendí, pues, mi escursión callejera, y al cabo de muy buen rato dí con mi persona enfrente de una casa, en la cual se anunciaba el alquiler de una habitación, piso tercero de la derecha.

¡Oh fortuna! el portero estaba en su puesto, y casi me atreví á decir que de riguroso uniforme español.

Sombrero calañés, marsellés de colores, pantalón abotinado y *chicote* en boca.

Trage, continente, maneras, todo denunciaba en él, uno de los más jactanciosos hijos de la tierra del *cante*, la informalidad y la manzanilla.

—Felices días,—le dije al presentarme ante su autoridad.

—Felices;—me contestó laconicamente.

—Quisiera, si es posible, visitar la habitación desalquilada.

—Miste,—me dijo el encargado de procurar en favor de los intereses del que es muy de suponer que le pagase sus servicios,—más vale que no suba *osté*, porque vá *osté* á recibir un desengaño.

—¿Un desengaño?... ¿y por qué?

—Porque el cuarto es de lo *peorito* que se pue de sear. Barato si es, pero en cambio, tié poca luz, ninguna ventilación, y muy pocos ladrillos.

—¿De suerte, que Vd. me aconseja que prescinda de verle?

—Pues está claro, hombre, pues está claro! Eze

cuarto le tengo yo reservao para un enemigo particular, y como Vd. me *pase* un hombre de bien...

—Muchas gracias por todo,—le dije;—y salí andando tan de prisa como *mesada* que lleva el casero.

A los pocos pasos tropecé de nuevo con el objeto de mis ansias.

En la portería había un grupo de familia, precioso modelo para los asuntos de *Teniers*, el jóven.

La portera, mujer de unos cincuenta diciembres, tenía en el regazo un muchacho á quien espulgaba tranquilamente, y á su alrededor una colección de cacharros, muebles y *chirimbaques*, que obstruían por completo la entrada en la casa.

—Buenos días, portera, porque supongo que usted es la portera de esta casa.

—Para servir á Dios y á Vd.: ¿qué se le ofrecía?

—Quiero saber si la habitación desalquilada merece la pena de ser reconocida.

—¡Ay, sí señor, y tanto! como que es una tacita de plata, sin exagerar nada!

—Pues dispénsame Vd. el favor de darme las llaves, si no quiere molestarse en subir...

—Enseguida: espere Vd. un momento, porque las tiene mi marido, que trabaja en esa casa que están construyendo en la esquina de la calle.

—Mira, Raimundito,—dijo al chiquillo,—estáte aquí con este caballero, mientras voy por las llaves.

Y el chico me miró con toda la expresión de un canibal contrariado en sus instintos de salvajismo.

Al cabo de media hora, muy larga, apareció la mujer con unas llaves que podían servir en la cerradura de una puerta cochera.

—Vamos allá!—me dijo animosamente,—y empezamos á subir una escalera, en cada uno de cuyos vanos, subía la temperatura dos grados Réaumur.

Llegamos, por fin, al tercer piso; abrió la puerta, y penetró en un pasillo, donde sin ponerme en jarras tropezaba con los codos.

—¡Vé Vd. qué claridad! decía la buena mujer, abriendo de par en par la única ventana que le alumbraba.

—No faltaba más sino que fuese oscuro,—decía yo para mi capote.

—Venga Vd., venga Vd. por aquí; verá Vd. qué osala,—continuó diciendo; y entramos en una pieza, como de dos metros cuadrados, cuyo balcón daba á un patio.

—Comó Vd. vé; la *salita* es muy espaciosa.

—Si señora, sí; sobre todo para las recepciones que yo pienso dar; porque debo advertir á usted, que en este punto, como en otros muchos, difiero de la *sindéresis* de los españoles, que ante todo y sobre todo, piensan mucho en las condiciones y mobiliario de la sala, aun cuando duerman luego en un cuchitril y sobre un catre de tigera. Como hay quien y quienes por nada del mundo prescindirían del *piano*, aun cuando les falte almírez.

—Aquí tiene Vd. un gabinetito con chimenea.

—Yamos: algo es algo; aunque á decir verdad, también la chimenea está demás; porque al paso que vamos en la cuestión de subsistencias, parece-me que este verano tendremos que poner el botijo en el fogón, como sitio el más fresco de la casa.

—Ahora, vea Vd. la cocina.

—Qué, ¿no hay más habitación?

—No, señor; ¡y para una familia poco numerosa!

—Pero, señora, ¿si aquí no cabe ni una sola persona!

—Pues hijo, no hay más.

—¿Y qué cuesta esto?

—Trece reales, y medio duro de portería.

—¡Nada más!.... pues mire Vd., no es cara para el que, como yo, no la habitaria ni de balde. Vaya, muchas gracias por el favor, y déle un besito al propietario.... —dije saliendo, mientras la portera se quedaba refunfuñando y echando cerrojos.

Por fin ¡oh milagro!! al cabo de *veintin días* de indescriptibles sufrimientos, dí con lo que buscaba.

Un cuartito tercero, en sitio relativamente céntrico á la posición de la provincia: con agua, á un tiro de cañón; nada más que con setenta y cinco escaleras: con un matrimonio de la guardia civil en la portería; escuela de niños en el segundo, y taller de herrería en los bajos; y todo esto, por *catorce* duros adelantados al mes, con tres de fianza, fiador con casa abierta y certificado de exención de quintas.

Decididamente he hecho un gran negocio: no me mudo hasta que el ayuntamiento, en su alta sabiduría, no acuerde echar abajo por razones de utilidad pública, la casa que habito.

EDUARDO SAGO.

POMPEYA

LA CIUDAD DESENTERRADA

NOVELA HISTÓRICA

(Continuación.)

Yo estaba inmóvil y silencioso, y con los pies como clavados en el suelo, presenciando la escena que acabo de referir.

A cada momento creía ver salir más y más irritada de la hirviente caldera á la terrible serpiente, cuya magnitud era superior á la de cuantas había visto hasta entonces.

Respecto al esclavo, me parecía un sér superior á los demás hombres, una deidad inferior salida de los lugares tenebrosos en que impera el feroz Pluton, y sujeta, merced á poderosos conjuros, al poder de la hechicera.

Me sacó de aquella especie de fascinación la voz de Celenia que me ordenaba que la siguiese.

El negro, después de haber cauterizado su herida, agitaba con la vara de hierro el humeante líquido que contenía la caldera.

Encaminóse la hechicera al fondo de la cueva, y yo obedecí su mandato siguiendo sus pasos, sin tener voluntad propia, enteramente fascinado por la extraña escena que acababa de presenciarse.

Abrió Celenia una pequeña puerta, que existía en la parte más retirada de la cueva, y entramos por ella, aventurándonos después en un pequeño corredor, al fin del cual descendimos por una estrecha escalera de piedra, húmeda y verdosa.

A la entrada del corredor, y pendiente del techo, lucía una enorme lámpara de hierro, de extraña forma, que esparcía una claridad muy viva.

Después de bajar la escalera, penetramos en una extensa bóveda, compuesta de piedras agrietadas y alumbrada asimismo, no por una lámpara, sino por varias teas de una madera verde y resinosa que esparcían un aroma sumamente grato.

A derecha é izquierda de la bóveda se veían algunas puertas.

Celenia entró por una de ellas, y yo hice lo mismo.

En mi humilde obediencia había mucho de la paciente lealtad del perro, que sigue á todas partes á su dueño, sin pararse un momento, sin la menor vacilación.

Como no había probado bocado alguno desde la

noche anterior, comenzaba á experimentar cierta debilidad, y esto, á no dudarlo, embargaba casi todas mis facultades; por lo cual yo no podía darme cuenta de nada, ni me paraba á reflexionar en lo extraño de mi aventura con la hechicera.

¿Adónde me conducía esta?

¿Qué deseaba de mí?

Yo me hacía de un modo muy vago tales preguntas, y seguía, seguía siempre á aquella mujer, sin reparar ya en los lugares por donde pasábamos.

Por fin, mi conductora se detuvo ante una puerta cubierta con una cortina, y después de correr esta, me dijo:

—Aquí dentro encontrarás un baño de agua tibia y ropas limpias, con las que sustituirás las tuyas, manchadas de sangre.

—Báñate y múdate en seguida, que yo no tardaré en volver por tí, á fin de que me acompañes á cenar. Hasta muy pronto...

Marchóse la hechicera, y yo, ser pasivo y obediente, me dispuse á ejecutar sus órdenes.

Allí dentro había efectivamente un baño de mármol blanco, y después de despojarme de mi túnica y del resto de mis ropas, que estaban completamente manchadas con la sangre del *spoliario*, me metí en el agua tibia y perfumada.

Esta no tardó en ejercer sobre mí su benéfica influencia.

Empecé á sentirme más fuerte, más dueño de mis facultades, y dirigí una mirada en torno mio.

La sala del baño era magnífica.

Los artesonados del techo eran dorados, y sus paredes contenían magníficos frescos que representaban lúbricas escenas de ninfas y sátiros.

El pavimento estaba compuesto por un hermoso y delicado mosaico, y en manos de una estatua de mármol brillaba una lámpara riquísima que esparcía una luz clara y misteriosa á la vez.

Otra estatua tenía en su cabeza un brasero de plata, en el cual ardían deliciosos perfumes.

Salí del baño, y me vestí unas ricas ropas á la usanza griega, que encontré sobre un triclinio.

Aquellas ropas estaban perfumadas.

Apenas estuve vestido, sonó á la puerta del baño esta tierna salutación latina, pronunciada por una voz de mujer, fresca y armoniosa:

Advena salve!

Corrióse completamente la cortina, y una mujer hermosa y de elevada estatura, una deidad resplandeciente, mejor dicho, se presentó á mi vista.

Todo lo que me estaba sucediendo era tan extra-

ordinario, que al principio me creí presa de un sueño y me llevé ambas manos á los ojos.

—*Advena salve*,—repitió la hermosa deidad.

¿Quién era aquella mujer?

Yo jamás la había visto.

Me adelanté con timidez á recibirla, y ella se sonrió dulcemente, posando en mí sus bellos ojos.

Yo caminaba de sorpresa en sorpresa; pero aún me esperaban otras mayores en aquellos lugares mágicos.

CAPITULO XII.

Continuación del anterior.—Fin de la aventura.

—¿No me conoces?—me preguntó la hermosa mujer, siempre con la sonrisa en los labios.

Yo moví la cabeza haciendo una señal negativa, y ella continuó:

—Verdaderamente que no es fácil que sepas quién soy.

Hace algunos instantes aparecía á tus ojos tan repugnante y asquerosa como una larva, mientras que ahora...

—¡La hechicera!—exclamé lleno de admiración.

—En efecto, soy la hechicera,—prosiguió;—sólo que para tí he cambiado momentáneamente la piel arrugada y amarillenta con que me has conocido por la blanca y sonrosada que contemplas ahora.

De algo me había de servir mi oficio de hechicera, y el saber confeccionar unos capaces de restaurar la más ajada hermosura.

¡Cuántas tienen que agradecerme su belleza!

Sin embargo, te diré que yo, gracias á los dioses, soy jóven, y que en mi rostro no hay el más pequeño afeite.

Sólo empleo en mi tocador el agua de una fuente pura y cristalina.

Tú también te has trasformado completamente,—añadió después de examinarme de pies á cabeza;—y en este momento me pareces muchísimo más gallardo que en el *spoliario*, cuando bañado en sangre, salías de aquel montón de cadáveres.

(Se continuará.)

ANTONIO SAN MARTIN.

Solución á la charada del número anterior.

CASERO.

MADRID.—1879.

Imprenta de Diego Pacheco; Villalar, 8.

Precio UN REAL cada línea.
(Se admiten anuncios.)

SECCION DE ANUNCIOS.

Dirigirse á la Administracion,
calle de Villalar, 6. (Recoletos.)

SANTANDER.—Calle de San Francisco, 26, Encuadernación y venta de toda clase de libros. En esta librería se encuentran todas las obras de la Biblioteca de Manini hermanos, al precio de una peseta cada una.

ALCALA DE HENARES.—En la librería de D. Pedro Costa, se halla de venta EL SUPPLICIO DE MARIA ANTONIETA, por Alejandro Dumas. Precio 4 rs. Encuadernación de libros. Suscripción á obras y periódicos.

TORRELAVEGA.—En el taller de encuadernaciones de Victoriano del Campo, se encuentran todos los libros nuevos que se publican en Madrid. Acaba de recibirse EL SUPPLICIO DE

MARIA ANTONIETA.—Precio 4 reales

GUADALAJARA.—Vicente García, calle Mayor baja. En venta todas las obras publicadas de Manini hermanos. Precio 4 rs. cada una.

OBRA NUEVA.—ÉXITO EXTRAORDINARIO.

EL SUPPLICIO

DE

MARIA ANTONIETA

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(CRÓNICA DEL 93).

Este precioso libro que acaba de publicarse en la lindísima BIBLIOTECA de los *Sres. Manini Hermanos*, ha obtenido un éxito tan extraordinario, que en el corto espacio de siete días se han expendido más de 6000 ejemplares.

Consta de un elegante tomo encuadernado á la rústica, al precio de UNA PESETA en toda España, y se halla de venta en todas las librerías del reino.

Para adquirirlo directamente por el correo, dirigirse á los *Sres. Manini hermanos*, editores, calle de Villalar, 6, Madrid, remitiendo UNA PESETA en libranzas ó sellos de comunicaciones.